

Perspectivas

HUMANIZACIÓN, RELACIONALIDAD Y COMUNIDAD: PERSPECTIVA INDÍGENA

P. Roberto
Claudio Tomichá
Charupá, OFM Conv.

Humanización, relacionalidad y comunidad, tres aspectos abordados generalmente desde una cierta perspectiva de Vida Consagrada estrechamente vinculada a la visión “occidental”, es decir, a una cierta filosofía, teología o espiritualidad fundada en raíces greco-latinas. Es una postura válida, entre otras visiones emergentes. Ante esta situación generalizada, nos preguntamos en qué medida la experiencia milenaria de los pueblos indígenas ofrece alguna propuesta para una Vida Religiosa más humana y humanizadora. ¿Desde qué presupuestos y con cuáles rasgos? ¿Podemos las/os religiosas/os ser más auténticamente humanas/os incorporando los saberes relacionales y comunitarios de los pueblos originarios? Intentaremos ofrecer algunas pistas introductorias, a partir de la experiencia de vida y reflexión filosófico-teológica de los pueblos andinos, uno de los grupos ancestrales de América del Sur.

1. Un presupuesto: “el cristianismo no tiene un único modo cultural”

Un presupuesto importante para acercarse, conocer, comprender y aprender de las sabi-

durías indígenas es una actitud de escucha, respeto y apertura hacia las alteridades y diversidades. Nuestro modo de ver, pensar y responder a una realidad específica está siempre condicionado por un determinado contexto (geográfico, interior, familiar, cultural, social...) y, por tanto, también nuestra forma de pensar y vivir el cristianismo y la Vida Religiosa. Cada persona y cada pueblo acentúan determinados rasgos cristianos y pone otros en segundo plano. En efecto, “el cristianismo no tiene un único modo cultural, sino que, ‘permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado’”¹. Desde el punto de vista de la experiencia personal, “la expresión de la verdad puede ser multiforme, y la renovación de las formas de expresión se hace necesaria para transmitir al hombre de hoy el mensaje evangélico en su inmutable significado”². De allí el urgente llamado a la Vida Religiosa a incorporar otros saberes, otras lógicas, como parte integrante en la revitalización de sus carismas. En efecto, uno de los criterios importantes de verificación de lo

humano auténtico hoy está en la capacidad de establecer relaciones con *todo tipo de diversidades*: interiores, comunitarias, sociales, culturales, biológicas, de género, generacionales, institucionales, cósmicas...

En este proceso de escucha y encuentro con lo diferente -como puede ser el mundo indígena- la misma teología está llamada a ser “una teología del camino, siempre abierta”³, una teología nomádica, pero con raíces⁴, expresión de vitalidad de las Iglesias locales. Esta postura tiene su fundamento en el mismo principio de la encarnación, pues el Hijo de Dios asumió *toda* la realidad humana con sus rasgos peculiares distintivos, para elevarla a la comunión con el Padre, según su diseño salvífico⁵. De modo que “no haría justicia a la lógica de la encarnación pensar en un cristianismo monocultural y monocorde”, pues “el mensaje revelado no se identifica con ninguna [cultura...] tiene un contenido transcultural”⁶. Es más, el Verbo puso su tienda (cf. Jn 1, 14) entre todos los seres -vivientes y no vivientes- y el Espíritu Santo está presente en toda la creación, que aspira a la redención y armonía plena (cf. Rom 8, 22). Por tanto, la encarnación tiene una

dimensión cósmica de estrecha sintonía con el entorno que nos rodea. Así, desde el punto de vista cristiano, los demás pueblos en sus expresiones culturales y religiosas pueden manifestar no sólo las “semillas del Verbo”⁷, sino el mismo Verbo encarnado, que es acogido, expresado y celebrado con símbolos propios.

En el caso del mundo andino - válido también para otros pueblos autóctonos- los principios fundantes que estructuran la cosmovivencia indígena son la relacionalidad, la complementariedad, la correspondencia y la reciprocidad. Estos principios no colocan al centro -como en la filosofía “occidental”- la “exclusividad lógica” de no contradicción, identidad o del tercero excluido, sino más bien la “no-dualidad” de la realidad⁸; la relación más que la esencia; la celebración más que el discurso; la modalidad o estilo más que los contenidos o fundamentos teóricos. En el mundo andino, más que excluir se busca integrar, equilibrar y armonizar los contrarios en un proceso espacio-temporal marcado por la periodicidad, el ciclo y el carácter ondulatorio de la realidad. Estos principios fuertemente relacionales son vividos en modo particular

en la propia comunidad indígena. De allí la crítica y auto crítica indígena a un cierto individualismo y etnocentrismo “occidental” muy androcéntrico y patriarcal, presente en la sociedad, la Iglesia y la Vida Religiosa en América Latina y el Caribe.

2. La pacha como relacionalidad cósmica: horizonte y sentido de vida

Una categoría fundamental para comprender el mundo andino es sin duda la concepción de *pacha*, vocablo simbólico con muchos significados: tierra, globo terráqueo, mundo, planeta, espacio de la vida, universo, estratificación del cosmos. En términos filosóficos, sería “el ‘universo ordenado en categorías espacio-temporales’, pero no simplemente como algo físico y astronómico”⁹; la *pacha* incluye el mundo de la ‘naturaleza’, al que también pertenece el ser humano. Más concretamente, “contiene como significado tanto la temporalidad como la espacialidad: lo que de una u otra manera existe en el tiempo y ocupa un lugar (*topos*)”¹⁰. Dado que una característica fundamental de la racionalidad andina es la relacionalidad, se podría traducir *pacha* como “cosmos in-

terrelacionado” o “relacionalidad cósmica”¹⁰.

Si se quiere aplicar la visión-vivencia indígena a la Vida Consagrada, se podría ver la relacionalidad como constitutivo de la Vida Religiosa: las/os religiosas/os, por principio vocacional están llamadas/os a vivir en permanente encuentro humano, comunitario y cósmico. La relacionalidad es constitutivamente humano-cósmica en un proceso nomádico de aprendizaje continuo. Por tanto, la Vida Religiosa incorpora la sabiduría de la relación, de la *pacha*, de la reciprocidad con los demás seres vivos. Es más, en los Andes, todo lo que existe, incluso los seres “inanimados” (piedras, cerros...), pertenecen y forman parte de la *pacha*. De modo que una Vida Religiosa andina ha de integrar, por principio, y con debido discernimiento, todo lo que existe, sin excluir nada. A partir de esta categoría relacional incluyente adquiere horizonte y sentido la Vida Religiosa.

Precisamente, esta capacidad de relación universal con todo lo que existe representa hoy para las/os religiosas/os una urgencia ineludible, que cualifica su consagración y misión evangélica. La *relacionalidad* auténtica es uno de

los actuales “signos de los tiempos” (Cf. GS 4), que la sociedad misma, varones y mujeres, sin distinción de lenguas, pueblos o credos religiosos, está pidiendo a las personas creyentes, especialmente cristianas y consagradas.

3. El *aylluo* comunidad andina: base social identitaria

La relacionalidad, para una persona cristiana, funda sus raíces en la experiencia de encuentro con Jesucristo vivo, encarnado, muerto y resucitado, que revela el proyecto del Padre: el Reinado de Dios, la Vida plena. Es una relacionalidad que conduce necesariamente a recuperar la dimensión comunitaria de la vida cristiana. Las relaciones interpersonales serias y profundas hacen posible la cohesión comunitaria y, por tanto, convierten a la comunidad cristiana en signo o sacramento de vida para el mundo. En efecto, “nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas. Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana”¹¹.

Esta dimensión comunitaria de la existencia humana ha sido vivida en el mundo andino en el *ayllu*,

que constituyó desde tiempos inmemoriales la base social fundante e identitaria de sus miembros. El *ayllu*, o comunidad indígena que aglutina familias nucleares simples, desarrolla todavía hoy funciones económicas, sociales y religiosas. Conserva un sistema de ayuda mutua o de reciprocidad -*ayni, mink'a*- que garantiza a sus miembros una organización económica, ética, ritual y cósmica. En el *ayllu* cada miembro es responsable de todos los demás, y el grupo, a su vez, de cada uno de sus miembros; existe una responsabilidad inter-generacional basada en la reciprocidad y la correspondencia, que va más allá de la libertad personal e incluso de la propia vida. Se puede decir que la comunidad tiene la preeminencia sobre el individuo. En efecto, el mismo sujeto andino humano es plural (*noqayku*), se define en términos de reciprocidad y se sustenta en una “ética cósmica”, que tiene como sujeto último a la *pacha*¹². Esta experiencia andina del *ayllu* puede enseñar mucho a la Vida Religiosa.

4. Humanización, relacionalidad y comunidad: a favor de la vida plena

En el actual contexto globalizado de profundos cambios, urge

recuperar aquel deseo original y aquella búsqueda profunda de una *auténtica experiencia de vida*, una experiencia *trinitaria*, que conduzca a la persona consagrada a vivir la plena interrelación con todo lo que existe. En términos andinos, se trata de una experiencia de inmersión con la sabiduría de lo real y existente, una experiencia -según Estermann- *pachasófica*. En términos cristianos, se busca saciar la propia sed interior, relacional, a partir del “encuentro con un acontecimiento, con una Persona”¹³, que por el Espíritu Santo revela la totalidad del Misterio de Dios Uno y Trino. En términos andino-cristianos, una auténtica experiencia de la *pacha* puede ser expresión de un Misterio último, trinitario: la misma *pacha* nos puede ayudar a seguir redescubriendo la riqueza de la Trinidad. En efecto, los pueblos andinos nos han legado una forma peculiar de cristianismo, una religiosidad indígena, con categorías y símbolos culturales propios: palabras, gestos, actitudes, celebraciones, silencios..., que expresan cercanía evangélica, buena noticia, alegría interior, invitación a la coherencia, de un Dios que genera vida plena. Con mucha probabilidad, “allí hay que reconocer mucho más que unas «semillas del Verbo», ya que se

trata de una auténtica fe católica con modos propios de expresión y de pertenencia a la Iglesia”¹⁴.

Estas expresiones propias de religiosidad cristiana han permitido a las comunidades andinas subsistir durante siglos los embates de la colonización europea y de la neocolonización criolla. En otras palabras, han permitido un proceso de humanización comunitaria en profundo respeto hacia nuestra casa común: la tierra, el cosmos. En efecto, un indicador de humanización es justamente el compromiso por la vida en todas sus dimensiones: “llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotras/os mismas/os para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora”¹⁵. Esta es la misión.

En el caso de la Vida Consagrada, la humanización relacional comunitaria ha de asumir un proceso permanente de sanación interior y de conversión evangélica, que se ha de expresar en *relaciones auténticas* dentro y fuera de la propia *comunidad* religiosa.

Es decir, no ha de descuidar su profetismo evangélico: “gastar la vida”¹⁶ por un proyecto de Justicia y Bondad, por hacer presente el Reino de Dios - Dios del Reino en la historia de nuestros pueblos.

Así, la comunidad se convierte en *fraternidad* o *sororidad*, es decir, en espacio evangélico de humanización, para mostrar al mundo un testimonio creíble del Dios de Jesucristo. Tal es la preocupación del mismo Papa Francisco, que recuerda a cada religiosa (y también religioso):

“Las religiosas de clausura están llamadas a tener una gran humanidad, una humanidad como la de la Madre Iglesia; humanas, comprender todas las cosas de la vida, ser personas que saben comprender los problemas humanos, saben perdonar, saben pedir al Señor por las personas. Vuestra humanidad. Y vuestra humanidad viene por este camino, la Encarnación del Verbo, el camino de Jesucristo. ¿Cuál es el signo de una religiosa tan humana? La alegría, la alegría, cuando hay alegría.

A mí me da tristeza cuando encuentro religiosas que no son alegres”¹⁷.

¿Cómo está la calidad humana de las/os religiosas/os en nuestras comunidades, conventos y monasterios? La mentalidad y vivencia ancestral andina centrada en la *pacha* y en el *ayllu* podría sernos útil en nuestros procesos de humanización evangélica.

Notas:

- ¹ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio ineunte* (6 enero 2001), 40; FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 116.
- ² JUAN PABLO II, Carta encíclica *Ut unum sint* (25 mayo 1995), 19; FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 41.
- ³ GARCÍA PAREDES José Cristo Rey, “Teología de la vida consagrada “hoy” ¿Cuál es el problema?”, *Vida Religiosa* 5/115 (2013), 42.
- ⁴ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 29.
- ⁵ “Lo que no ha sido asumido no ha sido salvado; lo que está unido a Dios, es redimido”, Gregorio Nacianceno: Epístola 101, en *Patrología Griega* 37,181. Según el Concilio Vaticano II: “lo que no ha sido asumido por Cristo no ha sido sanado” (*Ad gentes*, 3).
- ⁶ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 117.
- ⁷ Cf. GORSKI Juan y TOMICHÁ Roberto, *Semillas del Verbo*. Consideraciones teológicas, Editorial Verbo Divino-Instituto de Misionología, Cochabamba 2006.
- ⁸ Cf. ESTERMANN Josef, *Si el Sur fuera el Norte*. Chakanas interculturales entre Andes y Occidente, La Paz, Instituto Superior Ecueménico Andino de Teología, 2008, 30-31.
- ⁹ ESTERMANN Josef, *Si el Sur fuera el Norte*, 78.
- ¹⁰ ESTERMANN Josef, *Si el Sur fuera el Norte*, 78.
- ¹¹ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 113.
- ¹² ESTERMANN Josef, *Si el Sur fuera el Norte*, 89.
- ¹³ “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. Carta encíclica *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 1; FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 7; Documento de Aparecida (31 mayo 2007), 12, 243.
- ¹⁴ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 68.
- ¹⁵ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 8.
- ¹⁶ ESPINAL Luis, *Oraciones a quemarropa*, Cochabamba, Editorial Verbo Divino, 2005, 3ra. Ed., 90.
- ¹⁷ Oración silenciosa ante el crucifijo de san Damián. Palabras del Santo Padre Francisco a las monjas de clausura. Capilla del Coro de la Basílica de Santa Clara, Asís, Viernes 4 de octubre de 2013 (www.vatican.va, 25.10.13).